

Retiro pascual

Con los miembros de las Hermandades, Congregaciones y Cofradías de la archidiócesis de Madrid

25 de abril de 2026

Renovar el don de la vocación

para vivir con gozo la misión a la que el Señor nos llama.

Saludo inicial

Queridos hermanos y hermanas, bienvenidos seáis todos a este Retiro de Pascua. Y gracias por vuestra generosa respuesta.

Una vez más el Señor nos concede este tiempo de oración y recogimiento por el que debemos estar infinitamente agradecidos. Vivamos, por tanto, esta mañana como una maravillosa y excelente oportunidad, un gran regalo que hemos de aprovechar y, sobre todo, nunca despreciar.

1. Justificación del tema elegido

Estamos justo celebrando la Jornada de oración por las vocaciones¹, y en el Seminario de Madrid se está realizando la larga Vigilia de Adoración que comenzó ayer viernes por la tarde y que culminará mañana en la Catedral. Así pues, qué mejor forma de unirnos espiritualmente a esa cadena de oración para pedir por las vocaciones, que recordando la nuestra. De hecho, la campaña de este año hace hincapié en la renovación de la vocación bautismal.

A la hora de pensar este Retiro, me ha inspirado releer una cosa de las que dijo el papa Francisco en su Exhortación *Evangelii gaudium*². Justo, en el arranque de dicho documento, nos invitaba a renovar «nuestro encuentro personal con Cristo» (EG 3), «el momento en que Jesús nos tocó el corazón» (EG 13). Y, a continuación, nos dejaba muy claro que, como fruto de haber renovado una vez más el don de nuestra vocación, sentiremos crecer en nosotros «el deseo incontenible de comunicar a otros el hecho de haber encontrado el amor que da sentido a la vida» (EG 8); ese amor inmenso que Dios nos manifestó en Cristo muerto y resucitado (cf. EG 11). Solo así podremos evangelizar, no como el que está cumpliendo meramente una obligación, «sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable» (EG 14).

Permitidme, además, citar a nuestro querido cardenal-arzobispo. En su carta pastoral de Pascua a todas las Hermandades, Congregaciones y Cofradías, entre otras muchas cosas nos ha dicho:

«Os invito, con toda el alma, a vivir la Pascua como fruto de la Semana Santa. No se trata de esperar al año próximo para volver a emocionarnos, sino de dejarnos alcanzar ahora por Cristo resucitado. Él nos ha traído hasta aquí como oportunidad para conocerle más y para abrirle hasta el último rincón de nuestra vida. La fe que hemos expresado en la calle está llamada a hacerse vida en lo cotidiano, para que cada día seamos mejores discípulos.»

Así pues, para este Retiro os propongo dos momentos:

Primero: Meditar sobre nuestro encuentro con Cristo, para renovarlo. Lo hemos hecho especialmente durante el Triduo Pascual y muy singularmente en la noche de Pascua. Aprovechemos lo que hemos vivido y experimentado y, con la ayuda del Señor, que a lo largo de la cincuentena pascual se transforme en carne de nuestra carne, vida de nuestra vida.

Segundo: Pedir la gracia de sentir el deseo de comunicar a otros aquello que hemos vivido y experimentado: la gracia del encuentro renovado con Cristo en esta Pascua.

¹ Este año bajo el lema: “Todos oramos por todos”

² A partir de ahora lo cito con las siglas “EG”.

Dos momentos de una única gracia: vocación y misión.

2. Meditar sobre nuestro encuentro con Cristo y renovarlo siguiendo el pasaje de Emaús

Para hacer este Retiro sin duda sirve cualquiera de los relatos de vocación apostólica: Jn 1, 35-51, Mt 4, 18-22; Mc 1, 16-20; Lc 5, 1-11.

Pero permitidme que os proponga que hagáis esta meditación —si es que os parece bien— siguiendo el evangelio que fue proclamado en la liturgia del domingo pasado (III de Pascua): el pasaje de Emaús: Lc 24, 13-35.

Además, si habéis podido echar un vistazo al material que ha preparado la Conferencia Episcopal Española, para que las Hermandades y demás realidades de la Piedad Popular preparéis la visita del Santo Padre a España, sabréis que también ellos han elegido este mismo texto evangélico. Por lo tanto, podemos decir que estamos en plena sintonía.

Estoy convencido de que son versículos que han sido meditados miles de veces por cada uno de vosotros, y que hacen resonar en vuestro interior muchas de las experiencias vividas gracias a ellos.

También estoy seguro de que en tantas ocasiones os habrán servido para acompañar a hermanos y hermanas que necesitaban restañar heridas y superar momentos difíciles.

Pues, bien, ojalá y también hoy nos ayuden a volver a experimentar al Señor Resucitado como el que camina a nuestro lado. Que volvamos a descubrirle como el único vencedor de la muerte. El que viene a hacernos sentir su consuelo, a abrirnos el entendimiento para llegar a comprender eso tan difícil de que: “El Mesías tenía que padecer”. Y que, sobre todo, viene para iluminar nuestros ojos ciegos de tanto llorar, y sepamos reconocerle en el camino, en la explicación de las Escrituras y al partir el pan.

Por último, Dios quiera que, como a los de Emaús, revivir el encuentro con Cristo, nos haga sentir la necesidad de mantenernos en la comunión con los demás hermanos, presididos por Pedro, y nos impulse una vez más a salir a los caminos del mundo para compartir la alegría y el gozo de la fe.

3. Preguntas previas

El episodio de Emaús (Lc 24, 13-35), en palabras del cardenal Martini, es de una gran riqueza. En él san Lucas ha prodigado los tesoros de su arte descriptivo, de su psicología y de su teología: un episodio sintético, a modo de resumen, en el que el peligro consiste en perderse en detalles circunstanciales.

Pues bien, para no perdernos, sería conveniente plantearnos previamente alguna de estas preguntas:

- ¿En verdad, qué imagen tengo del “Mesías”? Como se preguntaba A. Machado, ¿cuál es el que más me atrae: “el que colgó del madero” o “el que anduvo sobre la mar”? [Esta Semana Santa me ha llamado poderosamente la atención la de veces que, en las procesiones, las bandas que acompañan los cortejos tocan la famosa saeta compuesta por Joan Manuel Serrat (a mí me encanta porque me retrotrae a la adolescencia). Me parece que es un síntoma claro de que es una pregunta muy arraigada en el Pueblo; y la gente sale en masa a las calles, precisamente, a mirar “al que colgó del madero”. ¡Cuánto nos enseña, una y otra vez, la fe del Pueblo de Dios!]
- ¿Qué es lo que busco cuando digo: “quiero ser discípulo de Jesús”?
 - ¿Busco que se realice de verdad el proyecto de Dios, o busco otros proyectos más personales, más político/sociales e intrahistóricos?
- ¿Qué esperanzas son las que hace nacer en mí el seguimiento de Jesús? He de discernir las que realmente son válidas y distinguirlas de las que resultan incompatibles. [Permitidme, de nuevo,

citar a don José, porque, en su carta, también nos invita a: “profundizar en lo esencial, a aprender a mirar la vida con los ojos de Cristo. Sin esa raíz, corremos el riesgo de quedarnos en lo superficial. Con ella, crecemos en una fe sólida”].

- ¿Qué provoca en mí la experiencia del fracaso, de la frustración o del escándalo?
- ¿Cómo acojo el testimonio que me dan mis hermanos/as? [También don José invita a todas las realidades de la Piedad Popular a aprovechar el Tiempo Pascual para revivir y reavivar el verdadero espíritu de Hermandad].

Una vez que hayamos contestado, al menos alguna de estas cuestiones, podremos adentrarnos en la meditación del texto. Y, siguiendo el consejo de san Ignacio, cuando llegue a un punto en el que sienta que el Señor toca mi corazón, me paro para gustar y saborear lo que me quiera decir.

Un último consejo antes de adentrarnos en el texto: apelo a vuestra experiencia espiritual, nacida de la meditación de este pasaje, que, como os decía, estoy seguro que lo habéis rumiado un montón de veces. Será muy bueno que reviváis lo que está arraigado en lo más profundo de vuestro corazón, y que está vinculado con este relato evangélico.

4. Algunas pistas para meditar el texto: [solo para quien le pueda ayudar]

➤ Los dos discípulos que se van a Emaús

Lucas habla de que son dos del grupo. Uno tiene nombre: Cleofás; el otro, no. Dicen los exégetas que el evangelista solo puso nombre a uno de ellos, para que el otro sea “yo” mismo (o sea, cada uno de nosotros).

Son dos de los que aquella mañana del primer día de la semana habían escuchado las palabras de la Magdalena y de las otras mujeres; pero no les habían dado crédito. Por eso se van de Jerusalén y abandonan el grupo.

[Pongámonos la mano en el corazón: ¿quién no ha sentido esta misma tentación y se ha visto arrastrado por ella?]

Recordemos, asimismo, que ambos dos eran de los que habían seguido la formación que Jesús había dado a los suyos. [Aprovecho para invitaros a reflexionar a fondo sobre lo que nos dice en la carta don José a propósito de la formación]. Habían oído, por tanto, directa o indirectamente las palabras de las bienaventuranzas, las parábolas de la misericordia, las invitaciones de Jesús a renunciar a todo, a dar la propia vida y a aceptar el escándalo de la cruz. Incluso le habían oído hablar —sin entenderle y sin querer preguntar al respecto— de que resucitaría al tercer día.

Está claro que no basta con haber oído y darlo por sabido. O la semilla penetra y arraiga, o, si no, es fácil que se la lleve el viento.

Estos dos estaban ciertamente bien instruidos. Sin embargo, ¿qué hacen? Se van de Jerusalén. Lo dejan todo para ir ¿a dónde? ¿A Emaús? Dicen los expertos que se trata de un lugar que no ha sido localizado con certeza en la geografía de Palestina. Y el papa Benedicto XVI comentaba este hecho diciendo: «Esto nos permite pensar que Emaús representa en realidad todos los lugares: el camino que lleva a Emaús es el camino de todo cristiano, más aún, de todo hombre» (Homilía en el ángelus del 6 de abril de 2008).

Aprovechemos este momento para preguntarnos: ¿Cuándo y por qué siento la tentación de huir y de abandonar el grupo? ¿Adónde imagino, entonces, que debo encaminar mis pasos: a lugares imaginarios, a ninguna parte?

➤ Mientras conversaban y discutían

Impresiona esta frase del versículo 15. Normalmente nos imaginamos que los dos discípulos iban simplemente conversando. Sin embargo, la palabra griega es mucho más fuerte: «porfiaban», «discutían acaloradamente» (éste es el matiz del segundo verbo). Por tanto, no son sólo dos hombres un poco desilusionados, sino dos hombres heridos; heridos en sus esperanzas. Hoy diríamos que estaban “quemados”, porque habían comprometido lo mejor de sí mismos y se sentían frustrados por alguien a quien habían admirado y mucho; por él se lo habían jugado todo. Estaban, por tanto, enojados con Jesús; con toda seguridad pensaban para sí: «Nos ha engañado».

No son simplemente dos personas que comentan un acontecimiento triste, sino dos personas que se preguntan, que tratan de encontrar algún sentido a algo que ya difícilmente lo va a tener, pues la muerte es lo que tiene: cierra la puerta a toda esperanza. Ya lo dice el refrán: “mientras hay vida, hay esperanza”; por lo tanto, si se acaba la vida, adiós la esperanza.

Así comentaba este pasaje el papa Benedicto XVI:

«Este drama de los discípulos de Emaús es como un espejo de la situación de muchos cristianos de nuestro tiempo. Al parecer, la esperanza de la fe ha fracasado. La fe misma entra en crisis a causa de experiencias negativas que nos llevan a sentirnos abandonados por el Señor. Pero este camino hacia Emaús, por el que avanzamos, puede llegar a ser el camino de una purificación y maduración de nuestra fe en Dios».

De hecho, podemos imaginar muchas situaciones semejantes que se dan entre nosotros, en nuestras comunidades eclesiales (congregaciones, hermandades y cofradías), cuando las cosas no han funcionado como esperábamos y simplemente decimos: «esto es un desastre». Y, a continuación, rápidamente a buscar culpables: «La culpa es de éstos..., la culpa es de aquéllos...», «la culpa es de quien va por ahí...», «la culpa es de quien va por allá...».

Lo que sigue también lo sabemos: en el fragor de la discusión, sube el tono de nuestras palabras, y comenzamos a expresar no solo aquello por lo que estamos heridos ahora, sino todas las demás heridas que arrastramos en la vida.

➤ Jesús y su modo de acercarse

Jesús, sencillamente, se aproxima, se pone a caminar al paso de Cleofás y del “otro discípulo”.

Se trata, sin duda, de un comportamiento atrevido y, desde luego, nada fácil.

En principio, a los dos les resulta algo incómodo y no les agrada demasiado, porque estaban hablando de sus cosas y les han interrumpido. Pero Jesús, con valentía, poco a poco, se abre camino y les plantea una pregunta: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

Si la pregunta es algo atrevida, la respuesta ciertamente es algo descortés: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Que es tanto como decirle: «¿Eres tonto [con perdón] o te lo haces?» «Pero, ¿en qué país vives?»

Jesús, sin asustarse, les hace una segunda pregunta que inocentemente trata de vencer la desconfianza inicial: «¿De qué se trata?».

Mientras ellos le contaban, Jesús se puso a escucharlos con toda la paciencia del mundo.

Siempre que medito este pasaje del evangelio, me gusta recordar unas palabras del papa san Pablo VI. Son de la primera encíclica que escribió y lleva por título *Ecclesiam suam*:

«Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio. Hemos de recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó» (*Ecclesiam suam*, 33).

El peregrino que acompaña a los de Emaús es una imagen preciosa que nos muestra al Buen Pastor. Recordemos que, como discípulos suyos, estamos invitados a configurarnos con Él.

➤ Necios y torpes

Una vez que los dos discípulos han expresado con toda libertad su vivencia —su frustración— Jesús toma la palabra.

El que pregunta debe estar también dispuesto a escuchar la respuesta de su interlocutor. Jesús escuchó a los discípulos de Emaús y les prestó toda la atención que necesitaban, pero, luego, también les habló con toda claridad y verdad. Pongámonos también cada uno de nosotros a la escucha; que el tentador no nos induzca a cerrarnos, como nos pasa tantas veces.

«Escuchen la voz del Señor que los invita a vivir una vida plena, realizada, haciendo fructificar los propios talentos (cf. Mt 25, 14-30) y clavando en la cruz gloriosa de Cristo los propios límites y debilidades. Por lo tanto, dediquen tiempo a la adoración eucarística, mediten asiduamente la Palabra de Dios para vivirla cada día, participen activa y plenamente en la vida sacramental y eclesial. De este modo conocerán al Señor y, en la intimidad propia de la amistad, descubrirán cómo entregarse a los demás, en el camino del matrimonio, o del sacerdocio, o del diaconado permanente, o en la vida consagrada, religiosa o seglar: toda vocación es un don inmenso para la Iglesia y para quien la acoge con alegría», LEÓN XIV, *Mensaje para la jornada mundial por las vocaciones 2026*.

Sorprendentemente, Jesús comenzó haciéndoles un reproche fuerte: «¡Necios y tardos de corazón para creer». Que era tanto como decirles: «¡Cuánto os cuesta creer en el Dios de los padres, en el Dios de la fidelidad! ¡Qué incapaces sois para fiaros de la promesa, de la acción de Dios! En realidad siempre medís las cosas con vuestra medida; y, según vuestra medida, Dios no debía liberar a su Pueblo del modo en que lo hizo, sino como vosotros lo esperabais. Y como no lo ha hecho a vuestro modo, las cosas han salido tan mal, ¿verdad? ¿Es que Dios no podía tener otro designio distinto, mayor que el vuestro? ¿Por qué no os fiáis de su designio?» Así podríamos traducir lo que Jesús les dijo a estos dos discípulos y lo que nos dice también a nosotros.

Y es aquí donde engarza toda la catequesis de Lucas para hacer ver la continuidad del designio de Dios, que es orgánico y abarca toda la historia, pero que requiere una confianza ilimitada, un corazón dispuesto a abandonarse.

«La confianza es hija de la fe, y es esencial tanto para acoger la vocación como para perseverar en ella. La vida, en efecto, se revela como un continuo confiar y encomendarse al Señor, aun cuando sus planes cambien los nuestros», LEÓN XIV, *Mensaje para la jornada mundial por las vocaciones 2026*.

Esa prontitud para abandonarse es para nosotros la cosa más difícil del mundo, y nos resulta imposible sin el Espíritu. Cada vez que nos refugiamos en nuestras solas fuerzas, recaemos en esas interpretaciones ramplonas y meramente humanas. La consecuencia es evidente: amargura y fracaso. Nos sentimos turbados frente a la constatación de que ya no cabe hacer nada, de que estamos vencidos, de que no hay salida. Emerge a las claras nuestra poca fe y nuestra frustración ante lo que la historia y la vida nos deparan.

El encuentro con Jesús va a cambiar todo esto. Él ha resucitado, y con su resurrección trae luz allí donde nos parecía imposible a los hombres. Cristo resucitado, marcado por las llagas de su pasión, viene a iluminar las sombras del mal, de la injusticia, del dolor, del sufrimiento y también de la propia muerte. Por eso a estos dos discípulos les lanza la gran pregunta: «¿Acaso no era necesario que Cristo padeciera todos esos sufrimientos para entrar así en su gloria?»

Dejemos una vez más que Jesús nos dé esa larga catequesis: «Comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras».

➤ La fraternidad recuperada

Llegados a este punto, vemos cómo la predicación completa de la verdad va transformando interiormente a los discípulos que caminaban desesperanzados:

Lucas no nos dice que aquellos dos creyeran de golpe ni que abrazaran al Señor al momento. Nos dice que primero perdieron su agresividad y se hicieron acogedores, hasta el punto de pedirle que se quedara a pasar la noche con ellos. Después le invitaron a su mesa y le pusieron en la presidencia; lo cual denota familiaridad y consideración. Gradualmente se les fueron abriendo los ojos y el sentido de las Escrituras; algo que hasta entonces les estaba cerrado.

Todo ello en un ambiente de fraternidad, de emociones que se desvanecen, no porque se las niegue ni se las reprima, sino porque se las reconoce objetivamente, se las ilumina; y, sobre todo, porque quedan caldeadas por la presencia del Señor. [¡Qué maravillosa escuela de Fraternidad!]

➤ Se les abrieron los ojos

El anhelo más profundo de todo hombre es ver a Dios, pero Dios no es ninguna cosa de las que caen bajo nuestra experiencia, Dios siempre está más allá. Por eso, aunque esté presente en todas las cosas, porque todas llevan la huella de su autor, no hemos de olvidar que se ha hecho visible en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y para verle y reconocerle necesitamos algo más que los ojos de nuestra cara. Nuestra mirada debe ser iluminada por la luz de la gracia —por la luz de la fe—, que es siempre un don que recibimos sin merecerlo. Eso es lo que les pasó a los de Emaús. Es lo que le pasó a María Magdalena, al apóstol santo Tomás, a Pablo en el camino de Damasco, y lo que nos ha pasado a cada uno de nosotros. Si no hubiera sido por la gracia de Dios, difícilmente habríamos dado el salto de la fe.

¿¡Y qué diferentes se ven las cosas cuando acogemos la luz de la fe!?

Curiosamente, los de Emaús, mientras Jesús caminaba con ellos, eran incapaces de reconocerlo, y ahora que ya no le ven con los ojos, sin embargo tienen la absoluta certeza de que está con ellos, presente y vivo en las Escrituras, en la fracción del pan y en los hermanos con quienes se comparte la casa, la mesa y la misión.

Por eso, a los creyentes, la Iglesia nos invita a vivir de la fe. Una fe que ilumina nuestros ojos para poder reconocer a Jesús en los signos sacramentales que nos ha dejado, y poder experimentar, desde la fe, su presencia entre nosotros hasta la consumación de los siglos; sobre todo su presencia en los hermanos, en la Palabra, en la Eucaristía y en la misión.

➤ ¿Adónde me quiere llevar el Señor?

Llegamos así al último punto que me gustaría subrayar: ¿adónde quiere Lucas llevar al lector del evangelio y adónde quiere llevarnos a cada uno de nosotros?

No quiere llevarnos a una sistematización intelectual sobre el tema del sufrimiento, sino que quiere poner en ascuas nuestro corazón. Porque ciertamente cada uno de nosotros, ante los interrogantes de los que hemos partido, puede dar sus respuestas. Ojalá no nos quedemos en el fácil terreno de las teorías. Necesitamos que arda el corazón; que el fuego del amor de Dios lo transforme; y transformado podamos experimentar una vez más la gozosa certeza de que Dios está aquí y ahora; y que lo estará siempre, incluso cuando nuestros ojos sean incapaces de reconocerlo.

San Lucas seguramente buscaba que aquellos discípulos de la primera generación de cristianos, que empezaban a sentir cierta frustración porque no veían cumplidas las expectativas que se habían suscitado en ellos —sobre todo la vuelta inmediata del Mesías—, volvieran a tener un corazón encendido, un corazón que ardiera ante la convicción de que Cristo resucitado sigue con nosotros, camina con nosotros, continúa saliéndonos al encuentro.

5. Principal fruto que hemos de pedir: que crezca en mí el deseo incontenible de comunicar a otros el hecho de haber encontrado el amor que da sentido a la vida (EG 8)

Reavivemos, pues, en esta mañana, nuestro encuentro con Cristo; el sentido de nuestro bautismo y de nuestra vocación cristiana que hemos de vivir unidos a toda la Iglesia —singularmente a nuestros hermanos y hermanas de la Congregación, Hermandad o Cofradía. Si por gracia de Dios lo conseguimos, una de las cosas que se notará será que sentimos «crecer el deseo incontenible de comunicar a otros el hecho de haber encontrado el amor que da sentido a la vida» (EG 8).

Es decir, nuestra meditación será una experiencia verdadera de reencuentro con Cristo, si, como a los de Emaús, nos entran ganas de volver a Jerusalén y contar lo que nos ha sucedido por el camino y cómo y dónde le hemos reconocido. Desde Jerusalén, como todos los apóstoles, podremos salir por los caminos del mundo a dar testimonio de lo que hemos visto y oído.

6. Apéndice: La preparación para la próxima visita del Papa: “Alzad la mirada” (Jn 4, 35)

Este año vamos a tener la suerte de que, para la celebración del Corpus Christi, vamos a tener al papa León XIV entre nosotros.

En medio de nuestras preocupaciones, de tantas prisas y, a veces, de cierto cansancio —muy propio del final de curso—, con la visita del Papa, la Iglesia —al igual que Jesús a sus discípulos— nos invita a “levantar la mirada” (cf. Jn 4, 35); a que no nos quedemos encerrados en lo inmediato, en lo que pesa o desanima, sino que abramos el corazón a la esperanza, que nace de la presencia del Resucitado entre nosotros.

El que salió victorioso del sepulcro llenó de alegría a las mujeres que iban cabizbajas hacia allí. Devolvió la alegría a los de Emaús, que se alejaban tristes de Jerusalén, como acabamos de recordar. Abrió la mente de los Once, que, debido a su dolor, se resistían a creer. Consoló a Pedro, que se sentía avergonzado por haber negado al Maestro. El Resucitado sigue hoy saliendo a nuestro encuentro para levantarnos de nuestro abatimiento, postración y desánimo.

La visita del Papa será para nosotros una oportunidad para revivir esta experiencia. Viene como sucesor de Pedro, para confirmarnos en la fe y ayudarnos a mirar más alto —más allá de lo que vemos con los simples ojos—, y que redescubramos que Dios sigue actuando en nuestra vida y en nuestra historia.

Como decía san Agustín, “somos caminantes hacia la patria”. Por eso, alzar la mirada es volver a ponernos en camino con esperanza, sabiendo que el Señor nos precede y acompaña siempre.

7. Conclusión

Ahora, ¡adelante!

Si os ayudan estos puntos, ¡bendito sea Dios!

Si no, seguro que el Espíritu tiene para cualquiera de vosotros un plan, que, sin duda, será el mejor de todos. Ya sabéis que lo importante es rezar, los medios son lo de menos.

¡Buena meditación! Y gracias por la paciente escucha.